

CAPITULO IV.

I. Consideraciones generales.—II. Ensayo los elementos románticos.—*La esposa del vengador.*

I.

El éxito alcanzado por la primera obra de *Echegaray* no debió dejarle descontento, ni respecto al dominio del público y de la escena de que pudo creerse en posesion, ni del efecto que en ese mismo público produjo este primer ensayo de fuerzas y de medios para sus ulteriores fines; la conviccion del acierto principiaba á apoderarse de su ánimo, mas aunque la voluntad le inclinaba á obrar desde luégo sin velos ni reparos y á mostrarse á las claras tal como más tarde habia de hacerlo, armado de su pensamiento y escudado con la novedad y grandeza de su idea, la razon le aconsejaba retardar este instante, porque no queria conseguir por sorpresa lo que ansiaba obtener por la reflexion, y porque suponía más sincera y espontánea la aprobacion del público, despues de apagado el eco de los últimos aplausos, que inmediatamente de un triunfo que, no por merecido, estaba autorizado para considerar como decisivo é

irrevocable. Por eso no se precipitó, pretendiendo utilizar en el momento las corrientes de la opinion, que entónces le eran favorables; prefirió dejar pasar algun tiempo ántes de dar otra muestra de la vitalidad de su genio, madurando su propósito, y afirmándose más y más en el de no cejar un punto en la empresa que valientemente habia acometido. Además, no estaba del todo convencido de la eficacia de los medios empleados para conseguir el fin que se proponia, ni ménos tenía la evidencia de no haber otros que pudieran emplearse con ventaja; presintió que estos otros medios debian existir, y áun creia adivinar que en su combinacion, en su prudente mezcla, en proporciones convenientes, habia de hallar la resolucion del problema, que á sí mismo se habia propuesto, de hallar los elementos más propios y adecuados para la realizacion del pensamiento que le atormentaba.

Consideraba su primera obra como un ensayo feliz, en cuanto al éxito y en cuanto á las esperanzas que le hiciera concebir, pero no completamente satisfactorio en cuanto á la bondad absoluta y á la exclusividad de los elementos en ella empleados. Necesitaba una confirmacion precisa, que no diera lugar á dudas, para seguir por la senda iniciada ó abandonarla definitivamente, ó bien, y esto le halagaba bastante, bordearla, y sin perderla de vista, hacer á ella frecuentes excursiones, en el caso de ser otra la preferida.

Pero, lo repetimos, no se precipitó; procediendo con calma y espacio, dejó pasar las impresiones que su

primera obra despertara, y firme en su propósito de tocar todos los resortes, á fin de hallar los moldes más oportunos y convenientes en que vaciar su inmensa y trascendental idea, entró con pié firme en el período de prueba, dando al teatro en un intervalo de tiempo relativamente corto en las temporadas teatrales de 1874-75 tres obras dramáticas de índole distinta y efectos diferentes, solamente iguales en la tendencia, manifiesta en todas, de probar los elementos en ellas empleados con tanta expansion como acierto.

La esposa del vengador, La última noche y En el puño de la espada son tres producciones que seguidamente vamos á analizar, por exigirlo así el plan de nuestro trabajo, y por creerlo más oportuno en este lugar, dejando para otro el hacer notar las analogías y diferencias que entre ellas se encuentran, y manifestar si su autor consiguió al escribirlas el objeto que se propuso; puntos los dos de interés é importancia suma para la completa inteligencia de estos apuntes sobre el teatro de *Echegaray*.

II.

El conde de Pacheco mató en su juventud al marqués de Quirós y Estrada, en duelo leal y exponiendo su vida, llevados ambos contendientes de antiguos odios de raza y de familia, tan comunes en los tiempos en que se verifica la accion del drama. El Marqués murió,

y el Conde, si no llegó á olvidar completamente la muerte que dió al Marqués, tampoco tuvo que escuchar los gritos de una conciencia alarmada que le torturase los oídos con los recuerdos de un crimen. El Conde juzgó que su enemigo estaba bien muerto, por que abundando en las ideas de su siglo y de su época y considerando el combate singular como un juicio de Dios, se creyó tan limpio y justo despues de haber atravesado con su espada el cuerpo del Marqués como ántes de desnudarla contra él, tanto más cuanto que tuvieron por único testigo de su duelo al Cristo que la devocion de sus antepasados colocó en frente de su solar y á cuya justicia remitió desde luégo su causa en la lucha con el que fué.

El Conde es feliz, tiene una esposa que le ama y respeta, y una hija que es el consuelo de su anticipada vejez, porque las guerras y las aventuras de la juventud abrevian la vida y la amargan con achaques é incomodidades que no se pueden evitar. De cuando en cuando, á largos intervalos, el recuerdo del hombre á quien dió muerte viene á turbar la ventura relativa de que goza, pero únicamente como sombra molesta, toda vez que está persuadido de la razon que tuvo para matarle y dispuesto á hacerlo cien veces, si cien veces le encontrara. Siendo éstas las ideas dominantes de aquel tiempo y estando dentro de la naturaleza y condicion humana el pensar así, nada hallamos que censurar en esto, sino más bien que aplaudir sin reserva ni reparo. La hija del Conde, que es una hermosa y hon-

rada doncella, padece cierta enfermedad, que afecta á su vista, por lo que le está recomendado evitar las impresiones fuertes, así físicas como morales, por temor de que un accidente fatal la prive del don más precioso despues de la palabra. En el albor de la vida ama á sus padres y profesa un cariño fraternal á Fernando, jóven médico que habita con la familia del Conde y que experimenta por Aurora una pasión ardiente, inmensa, capaz de todo, lo bueno y lo malo, que no se satisface con el amor de hermano que Aurora le otorga, sino que aspira á ver el suyo correspondido, y espera, porque esperar es el destino de todos los amantes, de todos los desgraciados. Fernando es un gran médico, ha devuelto ya la vista una vez á la que ama, y con solícito cuidado vela por la conservacion de tan inapreciable sentido; llega á obtener toda la confianza de la jóven, es su confidente, su amigo, su hermano, pero su amante no; una barrera de hielo le separa del límite de sus aspiraciones; no ha sabido hacer vibrar en el alma de Aurora las cuerdas del amor, y aunque no desconfía, esperando se desespera. Esta es la situacion de los principales personajes al principiar el drama; éste, que tiene su origen en la muerte de Quirós, comienza por un prólogo, que no otra cosa es el acto primero, con el aditamento de parte de la exposicion, presentacion y pintura de los personajes. El marqués de Quirós dejó un hijo, heredero de sus glorias, de su fortuna y blason y de sus odios de familia. Carlos, que así se llama, ha aprendido de su escudero, que tambien lo fué de su

padre, á odiar al matador de éste, que el vengativo servidor señaló á su venganza apénas tuvo edad para ceñir una espada y fuerzas y habilidad para esgrimirla contra el antiguo soldado del Emperador, y sediento de sangre viene para matar á Pacheco ó morir á sus manos, en desagravio de la muerte de su padre, que considera injusta y en cierto modo alevosa, ¡que no hay hijo que crea á su padre bien muerto, ni que deje de abrigar el deseo de castigar á quien le arrebató la vida derramando su sangre, que es la misma que hirviente corre por sus venas! Pacheco sabe que el hijo de su adversario ha vuelto de la guerra decidido á vengarse, á pesar de lo que ni se guarda ni se esconde, desoyendo las súplicas de su amante esposa, que le aconseja marchar de Barcelona para evitar las iras del fogoso y enconado mancebo, porque huyendo se consideraria deshonorado. Va con su esposa á la iglesia á orar por su enemigo, miéntras que D. Carlos acecha la ocasion de encontrarle solo para pedirle cuenta de la sangre derramada, instigado en su odio y mantenido por Parreño, que señalándole el lugar donde cayó su señor, se complace en avivar el fuego de la venganza, refiriendo los horribles detalles de aquella lucha, tachándole de cobarde porque vacila, y recordando las historias de venganza de su familia y la de los Pachecos. En tanto Carlos cuenta á su escudero, como se ha enamorado de una dama á quien no conoce y á quien no ha vuelto á ver, reprendiéndole Parreño porque piensa en devaneos amorosos, cuando su único pensamiento debia ser ven-

gar á su padre á quien compadece por tener un hijo tan indigno. Carlos le promete que aquella noche matará al Conde; en este momento sale Fernando de la Iglesia adonde entrara con Aurora, y encontrándose con Carlos con quien tiene amistad y que le salvó la vida en cierta ocasion, le saluda, le habla de un imposible amor, de la que es su objeto, haciéndole sospechar si es más loco que enamorado.

Salen de la iglesia el Conde, su esposa y su hija; éstas le ruegan que entre con ellas en casa, él se empeña en quedarse á orar ante el Cristo, resisten aquéllas y el Conde se ve obligado á hacer uso de toda su autoridad, á fin de que se vayan y le dejen solo, momento esperado por Carlos y Parreño, que interrumpen su oracion, y el primero reta á Pacheco, que admite el reto casi con alegría porque ve en él un nuevo juicio de Dios, que va á darle, con el término de sus dudas, la paz del alma ó el descanso eterno, no sin protestar ántes de ser provocado. Riñen los dos con valor y destreza; al fin Quirós hiere de muerte á Pacheco, al tiempo que sale Aurora atraída, como todos los demás que vienen despues, por el ruido de las espadas, y al ver á Carlos con la espada desnuda y humeante de sangre, da un grito horrible y se lleva la mano á los ojos; su padre espirante la llama y como no acude tan presto como él quisiera, se queja amargamente; sin llegar á comprender que Aurora... otra vez... ha perdido la vista. El Conde espira entre los brazos de su esposa y de sus servidores. Aurora cae desmayada y en medio de una oscuridad fantástica,

estando la escena iluminada solamente por la luz del retablo, cae el telon y termina el acto primero.

En el segundo acto, Aurora aparece ciega, triste con el recuerdo de su padre asesinado, triste por la ausencia de su hermano del corazon, Fernando, y triste porque no puede ver á su madre, porque no puede contemplar al que adora, porque no le es dado admirar el sol, el cielo, las aves y las flores, si bien puede orar por su padre, reclinar su cabeza en el maternal regazo, pensar en el amigo ausente, oír las dulces y enamoradas frases del elegido de su corazon y gozar del calor del sol, de la pureza del ambiente, de los cánticos de las aves y de los perfumes de las flores. Su resignacion es dulce y tranquila, y ¿cómo no? si ama y es amada, si cree y espera y ve con los ojos del alma. Fernando marchó á lejanas tierras, á la patria de la luz, en busca de plantas que devolvieran la vista á su amada Aurora; Lorenzo es el amante de Aurora, y Lorenzo es jóven, hermoso, gallardo, valiente, ha salvado la vida á Aurora y á su madre, librándolas de las manos de unos bandoleros, y las dos le están reconocidas, y Aurora, además, le ama porque él ha sabido hacerse amar de ella; ámbos sueñan con una próxima union que colme su ventura santificándola, pero ¡ay! que Lorenzo no es Lorenzo, es D. Carlos de Quirós, el matador de su padre, y ella no lo sabe porque no le ve; ella que fué la única que le vió en el momento fatal no puede delatarle, no puede maldecirle, su madre nada sabe ni recela, él nada teme; la ceguera de su amada le pone á

cubierto de toda acusacion, el nombre fingido que ha tomado le oculta á los demás, nada parece amenazar la dicha que le espera, todo parece conspirar en su favor, está enamorado y es feliz. Ella entre tanto piensa en él, va á encomendarle el vengar á su padre, porque ha prometido que el hombre que sea su esposo ha de ser tambien el vengador de su muerte. Mas no; hay una persona que lo sabe todo, que conoce al matador, que está interesado en descubrirle, señalándole al odio y al desprecio de Aurora; es Fernando; Fernando que la ama, que vuelve más enamorado que nunca, trayendo el remedio que ha de devolverla la vista; que al llegar, lleno de amor y esperanza, cree por un momento haber hallado la dicha que apetece en el amor de Aurora que le recuerda, que pronuncia su nombre, que le echa de ménos á su lado, y toca el límite del desengaño cuando ve que es otro el amado, otro el dueño de aquel corazon en el cual no hay para él más que un afecto puramente fraternal. Aquel hombre egoista concibe, entónces, el propósito de negar á Aurora el don de ver, que traia para ella, con el objeto de que no pueda contemplar á su amado, sin sospechar quién es éste, ni el cambio radical que al saberlo va á verificarse en sus ideas. Aurora piensa en Fernando, cuya vuelta ignora, y habla de él á Carlos, que tiembla ánte la probabilidad de que vuelva, porque sabe su amor por Aurora y es conocido de él como matador del padre de ésta. Carlos consuela á Aurora que suspira por su vista perdida, pintándole la dicha que ciega la aguarda, encareciéndole las

ventajas de vivir en tinieblas perpetuas, si el alma ve y siente, logrando dejarla, si no conforme, resignada y tranquila. Fernando sorprende á los dos amantes y su amargura y sus celos se truecan en furor y rabia al reconocer en Lorenzo á Carlos, el que fué su amigo, á quien debe la vida y á quien ahora aborrece en lo íntimo de su alma. La presencia de Aurora le contiene, cruza rápidas frases de odio y rencor con Carlos, se presenta á Aurora, que va á dar á su madre la noticia de la vuelta de Fernando, y quedan solos los dos rivales y encarnizados enemigos. Fernando exige de Carlos que abandone el amor de Aurora, alegando que no puede ser esposa del que mató á su padre; Carlos, aunque lo teme todo de su antiguo amigo, se niega, y pretende hacer valer sus derechos, invocando la amistad y el recuerdo de la ocasion en que libró á Fernando de una muerte segura, ¡desdichado recurso que afea el carácter de Carlos! sin que aquél consienta en ceder, ántes bien le amenaza con descubrirle, pero reflexionando que con esto sólo conseguirá hacer mal á Carlos, sin que á él le reporte bien alguno, medita lograr su objeto de una manera segura; disimula hipócritamente, prometiendo á Carlos no decir nada á Aurora, ni á su madre, y rechaza la amistad con que el confiado Carlos le brinda, declarándole guerra á muerte, sin descanso ni piedad. Se presenta Aurora, feliz, por hallarse entre los dos seres á quienes ama, aunque de distinto modo, cuyas palabras enigmáticas, inspiradas en los sentimientos que les dominan, no comprende la infeliz doncella. Fernando

empieza á poner en práctica su plan de ataque, diciendo á Aurora en voz baja que algo falta á su felicidad, prometiéndole la vista y exigiendo que Carlos se aleje para ello; Aurora pretestando un capricho envia á Carlos á traerle una rosa encarnada, que ella prefiere, por ser regalo suyo, y en este intermedio Fernando promete y jura á Aurora devolverle la luz, recordándole, con traidor propósito, la triste ocasion en que hubo de perderla. La jóven cree las palabras de su hermano, y llena de alegría, quiere comunicar la noticia á Lorenzo, á pesar de la oposicion y de los reparos de Fernando que teme que aquél destruya sus planes. Aurora por fin lo dice todo á Lorenzo, que se horroriza al comprender la venganza de Fernando, y ante la idea de ser visto por Aurora, de ser reconocido por ella como el matador de Pacheco, y proponiéndose evitarlo á toda costa, cae desmayado, y da fin el acto segundo.

Comienza el acto tercero con una escena entre Aurora, su madre y Fernando, en que se manifiesta que Lorenzo se halla en el lecho del dolor y se habla de los preparativos para la operacion que Fernando intenta á fin de devolver la vista á Aurora. Entre el temor y la esperanza, Aurora anhela salir pronto de dudas, Fernando no tiene ménos deseos que ella, porque cifra en esto su amor y la derrota de Carlos. En tanto éste determina marcharse, huir, ántes que exponerse á ser visto por Aurora, á verse abrumado con su odio y su aborrecimiento, decision que aplaude Fajardo—que no es

otro que el Parreño del primer acto—al cual encomienda lo necesario para dejar aquella casa y aquellos lugares. Sale Carlos y, no sin gran lucha y dolor, se decide á abandonar todo lo que ama, se lamenta de la crueldad del destino, y vacila, presa de encontrados sentimientos. Parreño le aconseja y consuela á su modo, pero es en vano; preséntase Fernando, y Carlos quiere intentar el recurso supremo apelando á la amistad y á la nobleza y á la generosidad de aquel hombre, en cuyas manos está su felicidad, y que trata de arrebatársela. Ruega, suplica, se humilla, insiste y casi llora, todo inútil; á los ruegos y al llanto suceden las amenazas y la cólera tan ineficaces como aquéllos; al fin su furor estalla y se decide á matar á Fernando, para borrar de este modo con la sangre del hermano la del padre. Desafía á Fernando, que admite el reto, pero dilatándolo para cuando haya devuelto la vista á Aurora. Fieramente irritado Carlos, trata de matar á toda costa á su enemigo y cuando ciego va á realizar su intento, Fernando abre las puertas de la capilla donde está el Cristo del primer acto, poniéndole por testigo de su muerte, á tiempo que sale Parreño y detiene á su señor, y de seguida Aurora, que llega preguntando por Lorenzo llena de amor y de esperanza, anhelante por ver, por contemplar el rostro del que ama, el cual, con extrañeza de Aurora que nada comprende, se opone ahora á que vea, volviendo á encarecerle la dicha que se experimenta en no ver si el alma siente. Aurora casi llega á enojarse al observar la insistencia de su amante. Se retiran Au-

rora, su madre y Fernando á las habitaciones interiores con objeto de practicar la anhelada operacion; Cárlos trata en vano de retenerla; su desgracia va á consumarse. Así lo manifiesta á Parreño, sin que las exhortaciones de éste basten á decidirle á huir, á arrancarle del sitio en que está. Llega Aurora ansiosa de ver á Lorenzo, éste se estremece de horror, ve llegado el momento terrible y tiembla. Por último se decide á arros-trarlo todo; manda á Aurora que se quite la venda que cubre sus ojos, ella va á hacerlo, pero él la detiene; todavía espera exigiéndola el juramento de amarle suceda lo que suceda; Fernando con satánica alegría la arranca la venda; Cárlos apaga la luz derribándola, para dilatar el horrible instante; Fernando pide luces; Cárlos á oscuras se dirige con la espada desnuda á matarle, aquél retrocede y de pronto abre las puertas de la capilla inundando el salon de luz, á cuyos rayos Aurora ve á Cárlos, reconoce en él al matador de su padre por el rostro airado, por la actitud fiera, por la espada desenvainada (tal como le vió cuando quedó ciega en el final del primer acto) pero no sabe que es su Lorenzo; al fin le reconoce por la voz y entónces le rechaza horro-rizada; Cárlos suplicándola no le maldiga y cumpliendo el juramento de vengar á su padre, sepulta la daga en su corazon y cae moribundo; Aurora quiere precipi-tarse á él, la detienen, y contesta á las últimas palabras de Cárlos con un «te amo,» que es la señal de la muerte de éste; entónces se arroja sobre su cuerpo, y dice á su madre, que extraña su accion, con ademán enérgico:

¡Qué más venganza quereis!
 ¡El ha sido... y es mi amor;
 él ha vengado á mi padre;
 yo soy ante Dios, oh madre,
 la esposa del vengador!

con lo que termina el drama y empiezan los comenta-rios.

Este es el drama en conjunto; vamos ahora á anali-zarlo fijándonos con especialidad en el pensamiento que encierra, en la accion que descubre, carácter de sus personajes, forma y episodios que le realzan ó deprimen, puntos todos que creemos necesario tocar, para adquirir la conviccion de lo que esta obra es y representa, lo que en el primer párrafo de este capítulo en cierto modo aventuramos, y haciendo apreciar sus méritos y déme-ritos pueda formarse un juicio exacto de la importancia, tendencias y significacion de una obra tan censurada como aplaudida.

¿Encierra algun pensamiento este drama? Si por pen-samiento entendemos la mira que ha llevado el autor al escribirlo y darlo á la escena, no hay duda que lo encierra, y es el de hacer una obra dramática que inte-rese y conmueva y llame la atencion durante algun tiempo. Pero este pensamiento le tienen todas las producciones, buenas y malas, de todos los autores. Si por pensamiento entendemos la finalidad de la obra negamos que lo tenga, puesto que lo que del drama se desprende es que no debemos matar al padre si quere-mos casarnos con la hija, ó viceversa, que es perjudi-